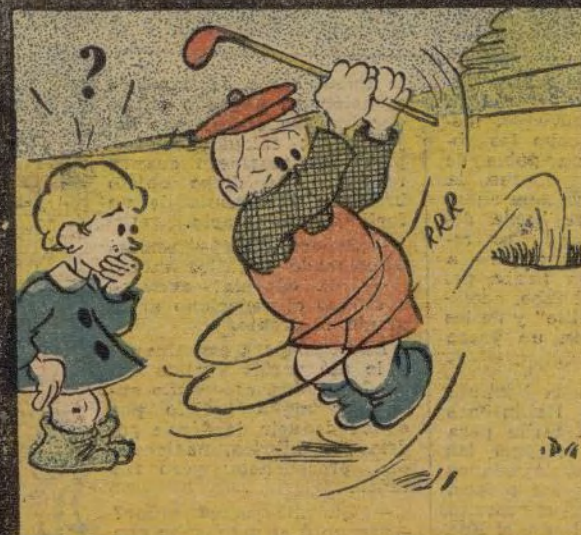


AÑO V.—NUM. 240

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 14 de diciembre de 1933

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



Aventuras de Tarugo y Perdigón



Tarugo y Perdigón fueron a caer nuevamente en manos del oso y de Serafina, y como los futuros guardias de la porra tenían a los pilluelos más rabia que Cagancho a los toros tuertos, se liaron a sacudirles.



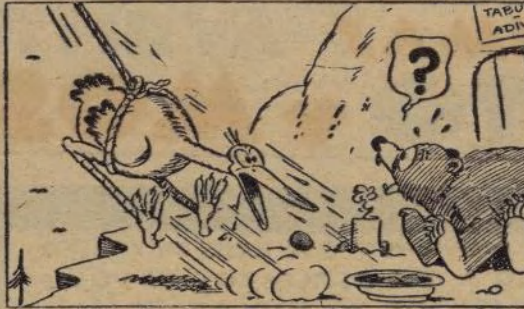
Cuando les hubieron puesto el cu... tis bien caldeado, les dieron suelta, y los dos hermanitos salieron disparados con la manos en la masa, y con unas caras como para encontrárselos en un callejón oscuro y echar a correr.



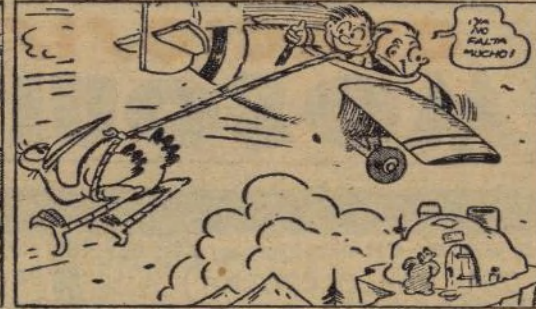
Al llegar al valle, su sorpresa fué mayúscula. Un aeroplano había aterrizado en aquellos lugares, y por lo visto estaba abandonado. Los dos hermanos no vacilaron un solo momento; aquel aparato iba a servirles de perlas.



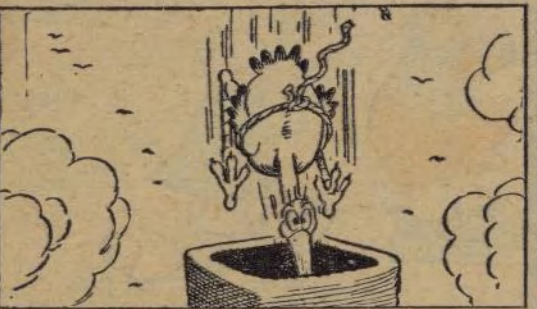
El oso y Serafina se estaban dando el banquete con que Taburete les había obsequiado por su faena; pero no se apercebían los incautos del nublado que se les venía encima, a gran velocidad.



Y el nublado, en forma de lazo, descargó sobre Serafina, que, a pesar de su vista tan fina, no había "guipado" a los pilluelos, que comenzaban a poner en práctica la primera parte de su fiera venganza.



Tarugo y Perdigón se remontaron en su monoplano, sin hacer caso de los berridos de la cigüeña, que con lágrimas en los ojos les suplicaba que no la asesinasen, pues era madre de familia.



Pero cuando le tocaban el amor propio, Tarugo tenía el corazón de cemento armado; así es que cuando pasaron junto a la gruta de Taburete, Perdigón exclamó cortando la cuerda: "Y ahora, la pena del 'talió'".



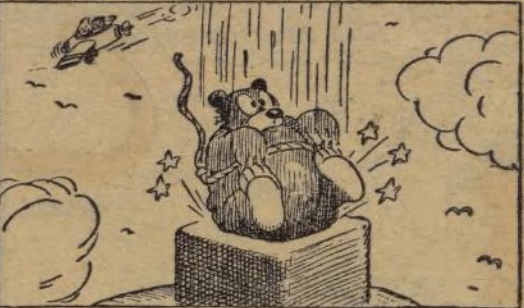
Serafina, entrando en barrena por la chimenea, vino a dar el "morrón" sobre Terre-Moto y Taburete, que, muy asustados, creían que se había iniciado la revolución social en la isla y venían a sacudirles las costillas.



En la gruta se armó la de San Quintín; pero fuera también se mascaba la tragedia. Por lo menos para el osito, que de improvisto sintió que a él también le echaban el lazo, igual que si fuera un perro.



"Y ahora, amiguito—exclamó Tarugo—, ahora te toca a ti, cabezota; esto para que te acuerdes de quiénes son Tarugo y Perdigón, so camello." Y cortando la sogá, el pobre oso inició un dramático descenso.



Y como el pobre era tan rollizo, quedó empotrado en la chimenea, lanzando cada alarido de dolor, que hacía estremecer hasta los árboles del valle. "Adiós, amigo"—exclamó Tarugo.



Esta vez sí que triunfaban plenamente los pilluelos. La partida de Taburete y Terre-Moto, destrozada, Serafina cobrando de su dueño, el oso chamuscándose en lo alto, y el capitán desesperado.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN" ADAPTACIÓN HECHA PARA "JERONIMO"

CAPITULO XIX Un hallazgo emocionante

En vista de que se acercaba la estación de las lluvias, que en aquellas regiones casi ecuatoriales dura varias semanas, los naufragos se pusieron al trabajo con ardor, para construir un vehículo cualquiera en donde conducir a sus almacenes las nuevas frutas descubiertas. Antes de comenzar la difícil construcción, hicieron varios cobertizos para resguardar a los animales, y un almacén capaz para contener las provisiones de seis meses.

Terminados estos trabajos, que requirieron varios días, pusieron mano en lo de la carreta, sirviéndose de bambúes muy gruesos, por carecer de sierras para hacer tablas. Más de una vez se

vieron obligados a interrumpir su faena por la necesidad de arreglar sus instrumentos. El hacha y los dos cuchillos, ya medio inservibles, no cortaban. Al cabo de cuatro días, la caja estaba ya armada; pero faltaban las ruedas y no sabían cómo hacerlas, pues no contaban con más herramientas que las mencionadas. Desesperados, iban a renunciar al carro, cuando un día el muchacho, que se había alejado mucho a lo largo de las escolleras, hizo un importante descubrimiento. En una parte de la costa encontró verdaderas piedras areniscas de dimensiones medianas. Ya se podía dar como resuelta la cuestión de ruedas. El marino dejó a Enrique el encargo de proseguir con los detalles que necesitaba el ve-

hículo, y emprendió la construcción de una máquina de afilar.

Frotando una piedra con otra y mojóndolas a menudo llegó a redondear una de



ellas, y por fin pudo afilar el hacha y los cuchillos. Manejando pacientemente aquellas armas, consiguieron cortar los pedazos de un tronco perfectamente circular,

construyendo dos ruedas macizas de una solidez a toda prueba. Los naufragos, luego de haber hecho los correajes con lona doble de una vela, engancharon la babirusa al carro. Aun cuando el animal se había domesticado bastante, se resistió al principio; pero a los dos días ya tiraba del carro, y el muchacho, acompañado de "Basilio" y de los monos, se dieron un paseo de príncipes.

Aprovechando la bonanza del tiempo, los Robinsones salieron aquella tarde para ir al bosque a recoger las nueces de coco. Ayudados por "Basilio" y los monos, pronto tuvieron el carrito cargado hasta el colmo. Fué en aquel momento cuando a Enrique, que se agachaba a recoger el cuchillo que se

le había caído, le llamó la atención un pequeño objeto que brillaba entre unas hojas secas; calculó la sorpresa del marinero cuando reconoció en dicho objeto brillante, la cápsula de un fusil todavía intacta.

—¡Señor Albani!—exclamó emocionado—. ¡Mire usted! —¡Una cápsula!—exclamó a su vez el veneciano arrugando la frente.

La cogió para examinarla, y le dio varias vueltas entre los dedos, esperando encontrar algún indicio por donde deducir de dónde podría ser, fábrica, nacionalidad, procedencia; pero fué inútil.

—¿Qué dice usted, señor?—preguntó el muchacho con ansiedad creciente.

Fin del capítulo XIX

"El caballero Dianese" CUENTO

Cuento árabe

Una vez hubo un caballero rico y noble llamado Dianese, quien, poco a poco, fué dilapidando cuanto poseía. En aquel tiempo llegaron noticias de que el rey de Cornualles mandaba proclamar que todo caballero quedaba invitado a asistir en su corte a un torneo, y que el que obtuviera la victoria debía recibir por esposa a la hija del rey, y por señorio la mitad del reino. Cuando Dianese oyó tales nuevas, sintió deseos de concurrir al certamen, y convocando a sus parientes y amigos les pidió protección; y ellos le dispensaron su ayuda económica, proveyéndole de armas, caballos y dinero, dándole también una buena escolta.

El caballero cabalgó durante dos semanas sin que nada extraordinario le sucediera, y siguiendo el camino real, vió junto a un poblado que los viajeros dejaban el camino real y se metían, dando un gran rodeo, por un estrecho sendero. Entonces Dianese preguntó a un transeúnte por qué hacía aquello la gente, y el interrogado le respondió: "Quien siguiera

por el camino real tendría que atravesar por un lugar hediondo, cuya peste procede del cadáver de un caballero que yace en unas andas ante una iglesia". Y dijo el señor Dianese: "Así Dios me valga; dime por qué no entierran al noble caballero que yace muerto". "Por el motivo siguiente, señor: en este país es costumbre que el que muere con deudas, no sea enterrado hasta que sean pagados todos sus acreedores".

Oído esto, el señor Dianese se dirigió al pueblo, e hizo pre-

parar el camino real tendría que atravesar por un lugar hediondo, cuya peste procede del cadáver de un caballero que yace en unas andas ante una iglesia". Y dijo el señor Dianese: "Así Dios me valga; dime por qué no entierran al noble caballero que yace muerto". "Por el motivo siguiente, señor: en este país es costumbre que el que muere con deudas, no sea enterrado hasta que sean pagados todos sus acreedores".

Llevaba recorridas unas dos leguas, yendo él solo a caballo y a pie todos sus compañeros y escuderos, cuando les alcanzó un viajero que, por su aspecto, era mercader. Al llegar saludó al señor Dianese, y luego le dijo: "He sabido en el pueblo vecino el objeto de vuestro viaje. Vos sois un valiente caballero y yo tengo mucho peculio, y quiero proveeros de dinero, caballos y armas y todo lo que necesitéis; pero quiero ser vuestro asociado, de forma que de todo lo que ganéis sea para mí la mitad". El señor Dianese pensó que el trato le convenía, y dijo a su socio: "Acepto lo que me proponéis". Y llegados a la ciudad inmediata, compraron corceles y armas y todo lo que les era preciso, y se pertrecharon excelentemente, y siguieron cabalgando hasta que llegaron a la ciudad del rey.

Llegó el día del torneo, y los caballeros llegaron al verde prado donde debía verificarse la justa. Y los caballeros se pusieron a combatir valientemente, y realizaron grandes hazañas. Por fin el caballero Dianese fué vencedor de todos, y el rey le llamó junto a sí, y le dió la mano de la linda prin-

cesa, y con ella la mitad de todo su reino, celebrándose la boda entre grandes fiestas, júbilo y alegría general.

Pasados unos días, Dianese exteriorizó deseos de volver a su patria, y su suegro, el rey, le concedió permiso de buen grado, e hizo que dispusieran todo lo necesario para que los esposos viajaran con el mayor lujo. Después que el señor Dianese y los suyos hubieron viajado varios días, llegaron a un lugar donde se dividían los ca-

cho—exclamó Dianese con amargura—, pero respeto mi palabra y podéis llevaros las riquezas, pues elijo a mi mujer.

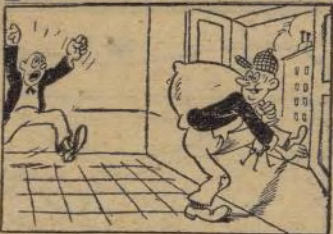
Sin añadir más palabras se separaron, el uno con su princesa y el otro con toda la fortuna en mulos y cargas de piedras preciosas. Pero el mercader tomó una vía transversal que conducía al otro camino y alcanzó al caballero. Y dijo el comerciante: "Deteneos, Dianese; es verdad que hemos hecho partición. Pero yo os regalo mi parte, y si veis con atención, comprobaréis que todas las riquezas que van en los mulos han sido aumentadas en otro tanto por una fuerza superior para premiarlos. Yo soy el caballero a quien hicisteis enterrar tan generosamente. Y la bondad caballeresca y cristiana que usasteis fué tan grata a Dios, que El quiso que os hiciera este honor y os rindiera este bien; pues sabed, caballero Dianese, que jamás se perdió, pierde ni perderá ningún beneficio".

Y dicho esto desapareció en el aire, y el caballero Dianese con su esposa fué recibido con grandes honores en su patria.

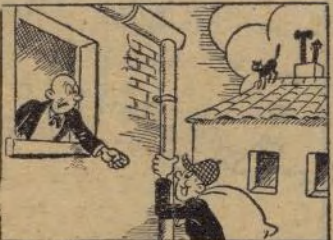


minos, y entonces el mercader se acercó al caballero y le dijo: "Quiero que cumpláis el pacto que existe entre nosotros". "Estoy dispuesto a cumplirlo—repuso Dianese—; así es que hacéis dos partes de mis riquezas y tomadlas para vos". El mercader hizo las partes, y dijo: "La mujer, con la tienda bajo la cual os cobijáis, sea una de las partes, y la otra, los caballeros con todos los mulos y sus cargas". "Harto diferentes son las partes que habéis he-

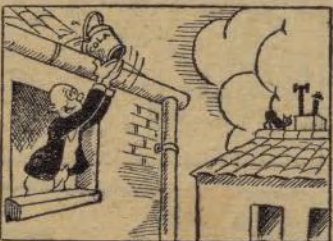
LA OCURRENCIA DE DON CASTO



Un terrible ladrón de esos de las películas de "malos y buenos", había entrado en la casa de don Casto y se llevaba buen botín.



El terrible ladrón huyó por medios rápidos, poniéndose fuera del alcance de don Casto, que rugía como una fiera al verle escapar.



Pero don Casto era hombre de muchos recursos, al que no podían burlar los ladrones por muy de película y muy terribles que fueran.



Y el ladrón terrible, al descender del canalón, se vió fuertemente cogido por la cola que el gran don Casto había dejado deslizar.

Para vuestro Album de Historia Natural



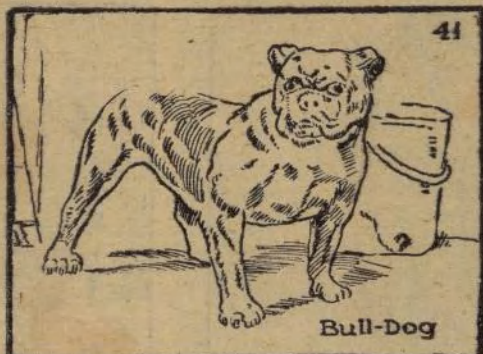
Ardilla común



Buy almizclado



Pescarpa roja



Bull-Dog

COLABORACION INFANTIL



"Se levantó sano y salvo; pero... le compré el último número de JEROMÍN y se murió de risa." Eñhorabuena, Antolín.

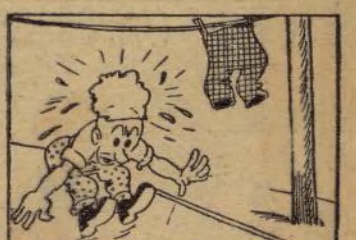
Antolín Urbina, 12 años.



¿Quién duda de que José So-gas es un formidable dibujante de trece años? Pues el que lo dude, que admire esta preciosa cabaña valenciana que Pepe nos envía, y... ¡a ver qué pasa!



La pluma ágil de Rosarito Ureña ha sorprendido a los mininos en el momento de ir a cometer una fechoría. Nosotros felicitamos a la pequeña pintora por el acierto que ha tenido al copiar la escena.



¡Rayos, truenos y centellas y otras cosas raras! Me parece que el último golpe que ha sonado ha sido para mí. ¡Me han "matao"!



Pero me parece que se te han acabado tus mañas y martingalas; vete despidiendo de la familia, pues la vas a diñar de veras.



¡Toma, canalla, miserable, mal ratón y mal nacido! ¡Para que no vuelvas a meterte donde no te llaman! Este es tu último golpe.

PRISIONEROS DEL MAR

CONTINUACIÓN



166.—Estaban examinando la estancia, cuando Ramiro tropezó con un cuerpo inerte. Enrique acercó la luz. "Es un chacal estrangulado por el valiente "Spot".



168.—Por fin pudieron oírse, y hallaron entre la maleza una pequeña boca obstruida recientemente por un desprendimiento de tierra, que había impedido salir a "Spot".



170.—Ensacharon la puerta de la nueva sala y abrieron dos ventanas en su fachada. La amplia pieza, con los muebles del "Centella", quedó transformada en confortable sala.



172.—El tiempo empeoró fieramente. El frío era crudísimo; el viento se estrellaba contra las rocas del contrafuerte y el río amenazaba desbordarse y llegar hasta el refugio.



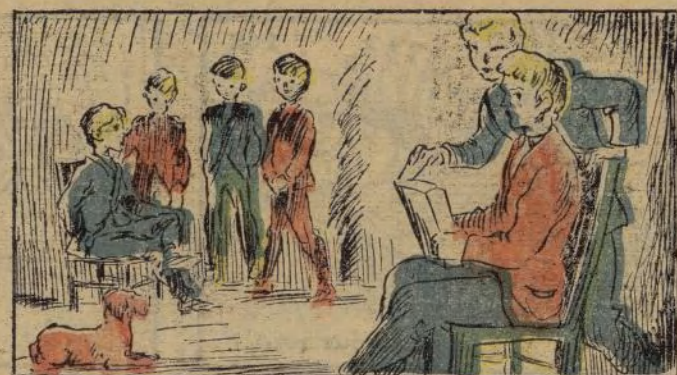
167.—He aquí los ruidos que oíamos—añadió Alvaro—. Pero, ¿por dónde entraban los animales a aquella cueva? Para averiguarlo salió Enrique y recorrió el exterior.



169.—Ya en la cueva, la alegría fué inmensa. Sin trabajo tenían una cueva mayor de la que ellos pudieran hacer. Los "hurra's" resonaban y los sombreros danzaban por el aire.

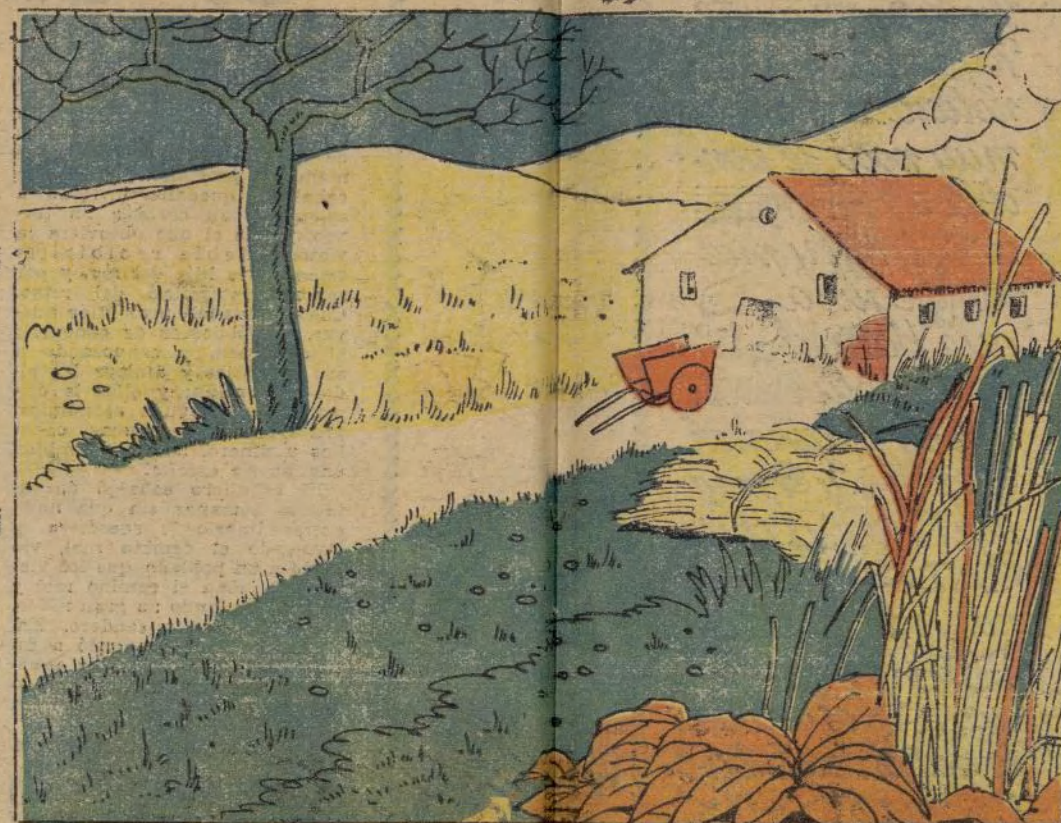


171.—La antigua gruta quedó reservada para cocina y comedor. Entre ambas piezas acabaron de abrir un corredor cómodo, a cuyos lados abrieron huecos para almacenes.

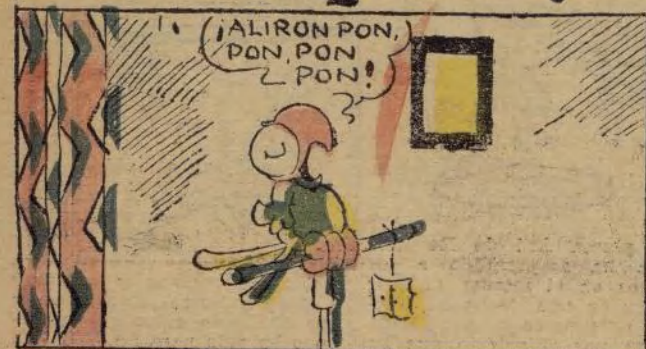


173.—Por precaución se prohibió toda salida. Las cuevas estaban resguardadas y las estufas y la cocina, alimentadas con leña bien seca, difundían un placido bienestar.

APRENDER A PINTAR



LA COTORRA SABIA



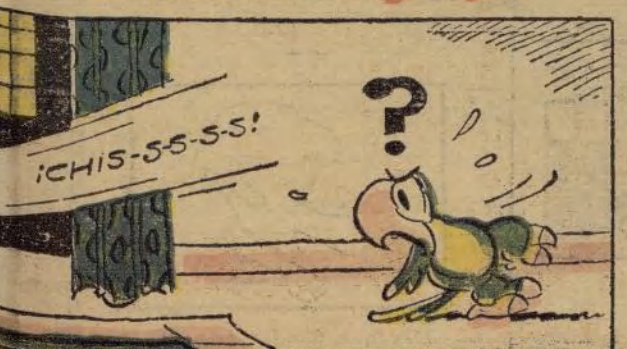
I.—La cotorra canta y grita con una voz muy bonita.



II.—Alguien le manda callar, por no poderla aguantar.



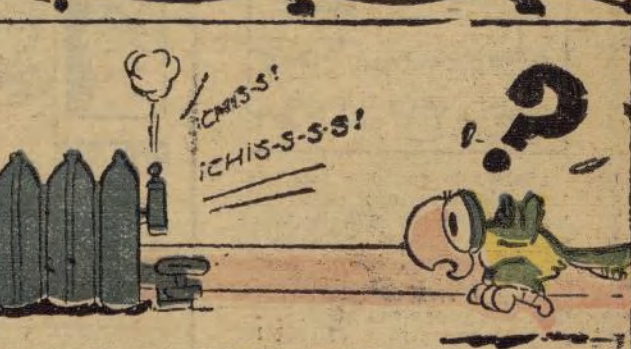
III.—Pero Laura no se calla, pues muy contenta se halla.



IV.—Nuevamente suena el pito para que cese en sus gritos.



V.—Sea quien fuere el tío feo, si le cojo lo pago.



VI.—Y el del pito, ¡qué emoción!, era la calefacción.

LAZARILLO DE TORMES

CONTINUACIÓN



166.—Mas ningún gozo me había de venir sin zozobra. Porque yendo calle arriba echando mis cuentas para mejor emplear el dinero y dando gracias a Dios...



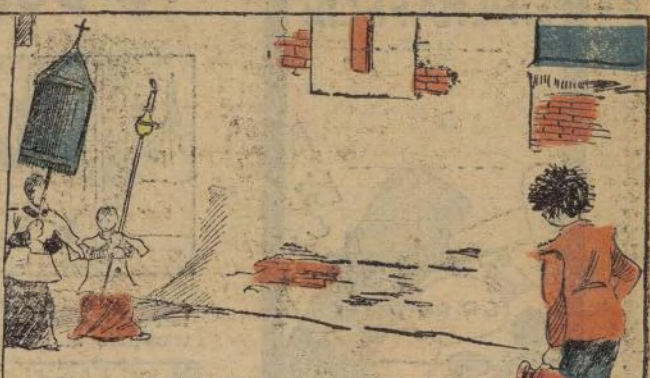
168.—Me arrimé a la pared y vi que detrás venía una mujer enlutada y diciendo a gritos: "¿Adónde os llevan, esposo mío? A la morada triste, donde nunca comen ni beben."



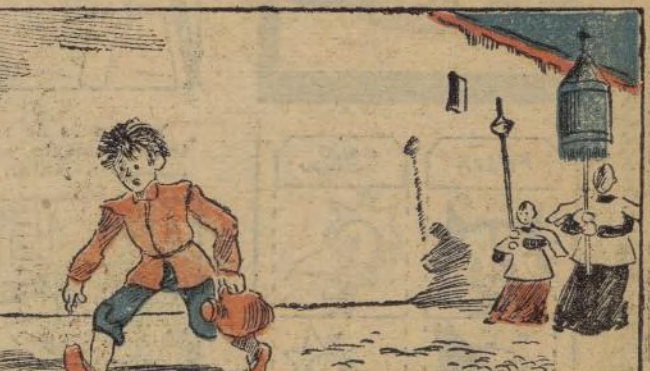
170.—Y entrando en ella, cierro con toda prisa y demandando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome a él y pidiéndole que venga a ayudarme y a defender la entrada.



172.—Cuando mi amo se enteró se puso a reír tanto, que estuvo gran rato sin poder hablar. Yo, entretanto, había echado la llave a la puerta, y ponía el hombro para más atrancarla.



167.—...de pronto me salió al encuentro un entierro que por la calle abajo venía, con muchos clérigos y gentes que traían al muerto sobre unas andas.



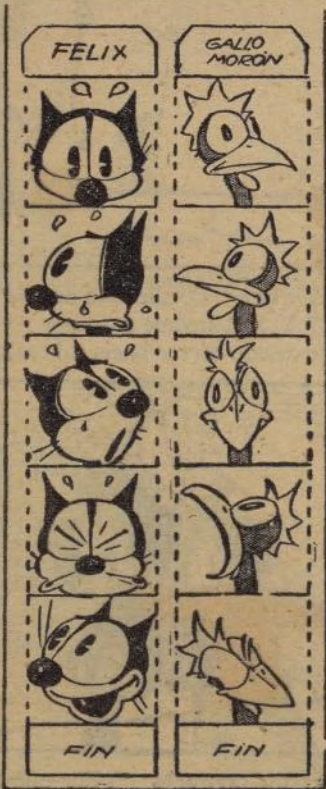
169.—Yo que vi aquello, dije: "¡Desdichado de mí! ¡Para mi casa llevan el muerto!" Y abriéndome paso por medio de la gente, vuelvo calle abajo a todo correr hacia mi casa.



171.—Mi amo, alterado, me pregunta: "¿Por qué cierras la puerta?" "¡Oh, señor—le dije—, nos traen un muerto!" Y le conté lo que había oído.



173.—Harto ya, más de reír que de comer, el bueno de mi amo me dijo: "Tuviste razón, Lázaro, de pensar así; mas puesto que Dios lo ha hecho mejor, abre y ve por comida."



AMENIDADES



Esta señora busca a su hijo. ¡Pobrecito! ¿Dónde estará el niño metido?



¿Sabéis lo que dice este cantar? Nosotros no; pero estamos seguros de que lo averiguaréis.

¡Viva! ¡Viva JEROMIN!
Que mis penas me quitó.
Cuando encontré a JEROMIN
Qué alegre me puse yo.
David Ibáñez, 11 años,

Don Simplón y Dinamita



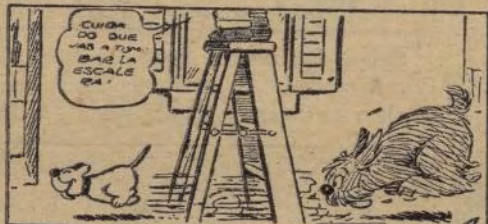
Al día siguiente, don Simplón, que había tenido que dormir en la bañera, salió ya tranquilo al jardín.



No me explico—decía el buen hombre— cómo Dinamita puede haberse encaprichado con el monstruo de Feote.



Y después de recomendarles que jugasen tranquilamente y sin hacer fechorías, él se dispuso a pintar.



Pero Dinamita, que estaba encantado con su Feote, atravesó como una exhalación entre la escalera.



Feote no quiso ser menos, y el jollín que se organizó fué algo muy parecido a la guerra europea.



Y don Simplón, perdida ya la calma, se decidió a obrar enérgicamente. ¿Qué iba a ocurrir en aquella casa?

JUEGOS Y DEPORTES

El afán de la superación
En deportes, el afán de la superación es algo que todo buen deportista lleva en la masa de la sangre como estímulo y acicate.

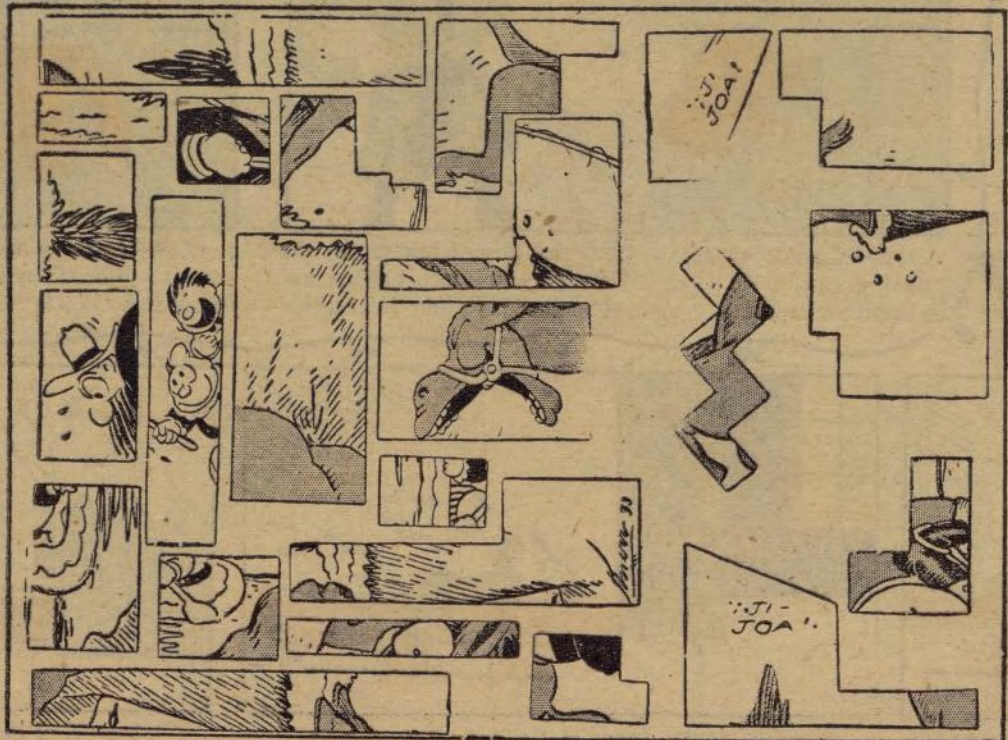
En ciclismo, el peor enemigo es el aire, mejor dicho, la resistencia que hace el aire. Un conocido corredor francés ha inventado un aparato para vencer esta resistencia. Se trata de una carrocería aerodinámica, que su inventor llama "velodhine"; el "velodhine" es una carrocería en la forma que indica el dibujo. Dentro de la caja va la bicicleta y el corredor.



Con el "velodhine" se consiguen velocidades medias de 50 kilómetros a la hora, y lo mejor de esta carrocería no es el que gracias a ella se consigue una mayor velocidad, sino que el esfuerzo es el mínimo que puede hacerse, y un mediano corredor puede cubrir los 100 kilómetros a esa velocidad y sin cansarse.

El nuevo invento ha sido muy favorablemente acogido en la nación vecina.

ROMPECABEZAS

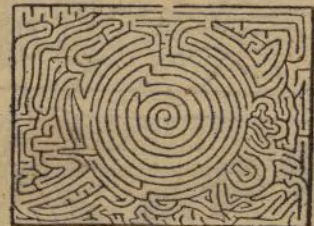


Querí 2A NOTA qui to
Voy a da D gran
noticia. Dent D
muy poco se pon-
drá y pue
ci y pue
NOTA segura
que ha D 1-º
exito rotun NOTA. In
drá 48 páginas en
o y mag.
nífico, chis.
T. Naturas,
no 1.º verdade-
D Droche D gra
cia. Os adirer
to que D veis D ha-
Cé vu: t Den Kr
gos X antiapa NOTA
X que si no, os que
da el, pues
o costará o
to 2.º D lo
qui r n. Os abra-
za Gro n,

PASATIEMPOS



Hay que separar a los perritos para que no se peguen. Pero hay que separarlos justamente con cuatro líneas.



Partiendo del centro hay que buscar la salida. Pero pronto, que vienen detrás de nosotros.



Hay que dibujar esta figura de un solo trazo. ¡Vamos a verlo, dibujantes!

UNA AVENTURA DE CHARLOT



Charlot estaba en la miseria; tanto, que tuvo que lanzarse a la calle a implorar la caridad pública en aquel día de lluvia de rayos y de truenos.

Pero, por lo visto, a la señorita a quien se acercó a pedir limosna era muy poco caritativa, pues, como podéis ver, le dio una limosna contundente.

Pero no era Charlot hombre al que se podía sopapear impunemente, y al momento, fértil en ideas como siempre, se le ocurrió una idea sorprendente.



Ató una cuerda a la punta del paraguas de la señora, y en el extremo de la sogla puso un hermoso hueso, que bien pronto había de tener admiradores.

El perrito, que tenía un hambre completamente canina, se lanzó dispuesto a roer el hueso, cosa que molestó mucho a la dueña del paraguas, que era una fiera.

Y consciente de que el guardia debía detener al perrito, y como el guardia no la hizo caso, le atizó con el hueso, dispuesta a romperle un idem.



Fué tanto el ímpetu del golpe, que el hueso, aquel maldito hueso puesto por Charlot, vino a caer en una ventana, donde también le esperaba un entusiasta.

Pero aquel "entusiasta" estaba decidido a apoderarse del hueso, y fué tanta la fuerza con la que tiró, que la dueña del paraguas despegó como un autogiro.

Y como si fuera un trimotor extraño, la señorita de mal genio y poco caritativa ascendió y descendió.

EN SERIO Y EN BROMA



—Vengo de parte de mi padre para que le corten el gas.
—Esta no es la oficina del gas; ésta es la del agua.
—Bueno, pues cortenle ustedes el agua, y otra vez que me den mejor las señas.



La coleta o moña que llevan los toreros de hoy tiene un antecedente remotísimo. También los atletas romanos de la época imperial se peinaban echándose el pelo hacia atrás, y recogidos en una especie de moño pintoresco que se denominaba "cirrus". Así se ve en el dibujo, que está calcado sobre unos mosaicos procedentes de las termas de Caracalla.



—¿Y qué alegó usted para no batirse?
—Pues que había mucha desigualdad.
—¿Por qué?
—Porque yo tenía mucho más miedo que mi enemigo.



El hombre primitivo cuidaba de las mansiones de sus muertos con preferencia a las moradas de los vivos. Con materiales muy bien ajustados construía cámaras funerarias, en las que encerraba, junto a las urnas que contenían las cenizas del muerto, sus armas y utensilios y algunos vasos con provisiones para el viaje de la eternidad.

¡Difundid por todas partes el "Almanaque de JEROMIN" para 1934! ¡Vale un tesoro! ¡Cuesta solamente 50 céntimos!

Encargad en vuestra librería o en vuestro quiosco el "Almanaque de JEROMIN" para 1934 antes de que se agote la tirada. Pedid a vuestros papás que os lo regalen. Obsequiad a vuestros amiguitos con un ejemplar del "Almanaque de JEROMIN" para 1934. Enviad ejemplares de premio a colegios y catequesis. Ponedlo en manos de niños pobres como un espléndido regalo, que llevará a sus hogares la alegría.

Encargad en vuestra librería o en vuestro quiosco el "Almanaque de JEROMIN" para 1934 antes de que se agote la tirada. Pedid a vuestros papás que os lo regalen. Obsequiad a vuestros amiguitos con un ejemplar del "Almanaque de JEROMIN" para 1934. Enviad ejemplares de premio a colegios y catequesis. Ponedlo en manos de niños pobres como un espléndido regalo, que llevará a sus hogares la alegría.



Los timones de los grandes buques modernos son piezas enormes, más altos, a veces, que una casa de tres pisos, y más pesados que una locomotora. Para moverlos se emplean motores eléctricos, hidráulicos o de aire comprimido. Véase el timón de un gran trasatlántico comparado con un hombre.



—¿Es usted escritor?
—Sí, señora; soy el autor de ese libro que se titula "Doce maneras distintas de hacerse rico".
—¿Y cómo se encuentra pidiendo limosna?
—Es que esta es una de las maneras.



La campana mayor del mundo se halla en el Kremlin de Moscú, colocada sobre un sólido pedestal al pie del campanario del templo de Juan el Grande. Tiene su nombre propio, "Tzar Kolokol"; mide 18 metros de circunferencia por 6 de altura, y pesa 196.000 kilos.



—¿Cuanto crees que me pagan por este cuadro?
—La mitad de lo que vas a decir.

EN UN JUICIO

—¿Domicilio?
—Calle de la Bola, número 34.
—¿Estado?
—Soltero.
—¿Profesión?
—Propietario.
—¿Cómo? ¿usted tiene alguna propiedad?
—Sí, señor; la de no decir la verdad.

Miguel Blanco



La superficie terrestre de todos los Continentes y de todas las islas reunidas mide 148 millones de kilómetros cuadrados. La superficie de todos los mares llena los 361 millones de

kilómetros cuadrados restantes que completan la superficie de la Tierra. En el dibujo se representa comparativamente la extensión de los mares y de las tierras en el mundo.



CORRESPONDENCIA DE Jeromin



Uno de estos días se pondrá a la venta el "Almanaque de JEROMIN" para el próximo año 1934. Ninguno de los lectores de esta revista dejará de comprar este precioso Almanaque, en el que hallará un verdadero tesoro de amenidad, gracia e interés. Cuentos, novelas, historietas, aventuras, chistes, pasatiempos, todo ello realzado con preciosos dibujos e ilustraciones a dos colores.

El mejor amigo de los niños; la mejor lectura; el mejor premio. ¡El "Almanaque de JEROMIN" para 1934! Cuarenta y ocho páginas, centenares de dibujos, emoción, arte, sal a montones! ¡Todo por "50 céntimos"!



He aquí una reproducción de la portada, que, en bellísimos colores y editada en cartulina, realza nuestro

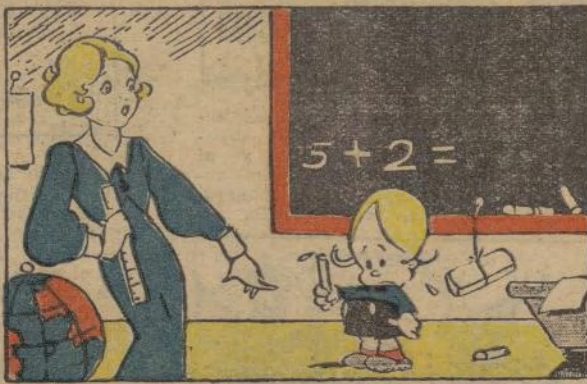
Almanaque JEROMIN para 1933



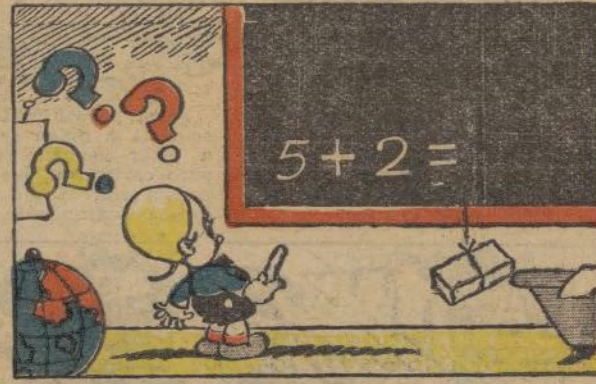
ANDANZAS DEL GATO FELIX



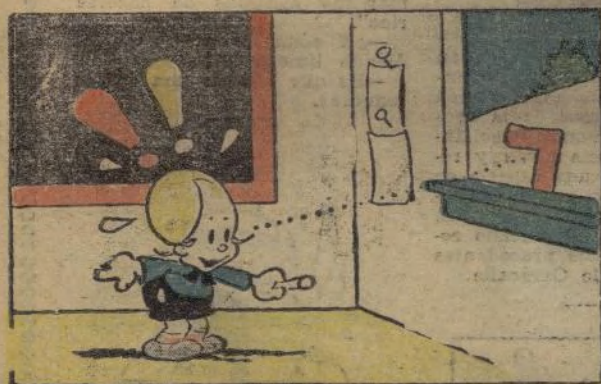
Pronto se encontró Félix otra vez sin casa; decididamente el gatito era más desgraciado que un décimo de la lotería sin premiar. Lo único que pudo sacar de su aventura fué un paraguas que le dieron para que no se mojase.



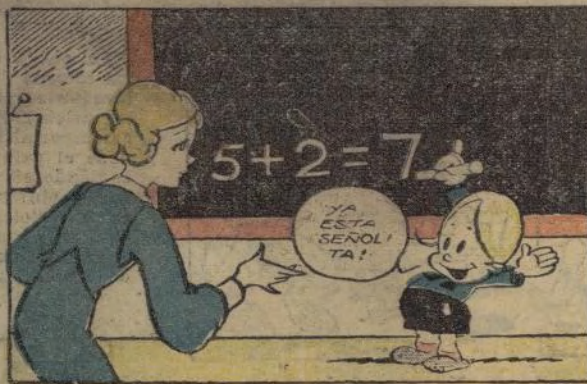
Mientras tanto, Pirulete, un niño más simpático que Pomprof y Thedy, y más bruto que un adoquín de cemento, las estaba pasando negras en el "cole", porque no sabía sumar cuántas eran cinco y dos, o dos y cinco, que es igual.



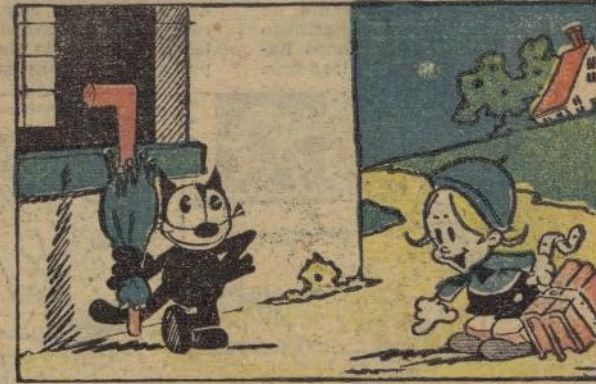
Pirulete se quedó más solo que un hongo, y castigado hasta que resolviese aquel difícilísimo problema de cuántas eran cinco y dos, cosa para él más difícil que subir a pie por la fachada de la telefónica o llenar espuelas de humo.



Pero de pronto echó una "visual" a la ventana, y lanzó un berrido de alegría. Acababa de encontrar en el puño del paraguas del gato la solución a su pavoroso problema. Cinco y dos eran... ¡siete! ¡Hay que ver qué cosas, eh!



Y cuando regresó la maestra y vió lo bien que Pirulete había resuelto el problema, le regaló de premio un pirulí y una entrada atrasada del "cine". Como veis, la maestra era más espléndida que un multimillonario yanqui.



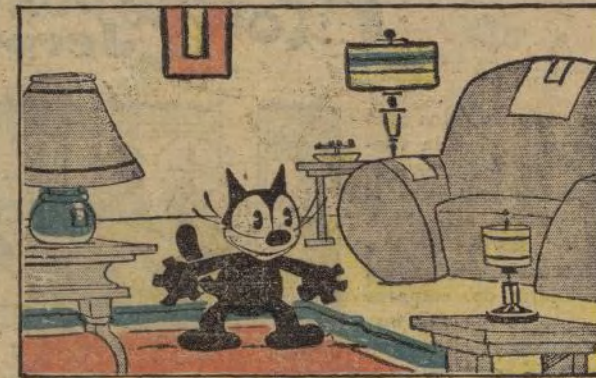
Pirulete salió de la escuela con cara de pascua, y lo primero que vislumbró fué la efigie sandunguera de Félix, que estaba parado junto a la ventana, con más garbo que un guardia de la porra de esos que se ponen en las esquinas.



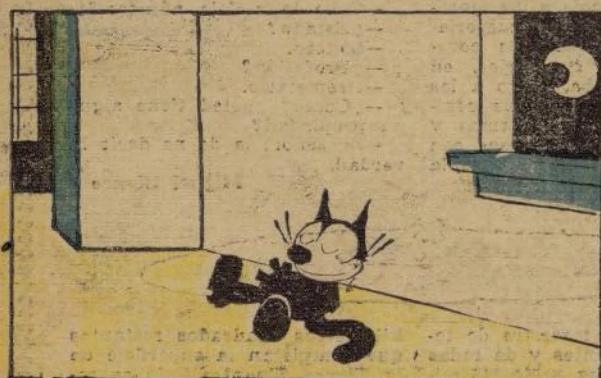
Y como Pirulete era un chico agradecido, se hizo en seguida gran amigo del gato, y le invitó a que fuera con él a su casa, donde le presentaría a su mamá para que lo adoptase y se quedara a vivir con ellos tranquilamente.



Y dicho y hecho, Pirulete presentó a Félix a su mamá, y aunque ésta quedó agradablemente impresionada del garbo y buena presencia del gato, no se decidió a adoptarle, ante el temor de que estropease los muebles nuevos.



—Esta señora tiene razón—pensaba Félix mientras recorría la vivienda—. Yo podría estropear los muebles nuevos de la sala, y como no quiero causar perjuicios, pero tampoco quedarme a la intemperie, aquí hay que hacer algo.



Y aquella noche Félix hizo "algo", y con la tranquilidad del justo que justamente ha cumplido su deber, se quedó aquella noche a dormir tranquilamente en la casa después de haber realizado aquel "algo" que él pensara.



Y cuando la mamá de Pirulete se levantó aquella mañana y fué a revisar las habitaciones, lanzó un grito de espanto. En la casa no había muebles. Un ser misterioso los había robado, sin duda, durante la noche, pues no se veía uno.

Y es que Félix, el grande, el magnífico Félix, haciendo honor a sus formidables dotes imaginativas, había sacado todos los muebles a la intemperie, pues lo que él se dijo: —Si los muebles pudieran estropearlos en la casa, antes de echarme a mí..., echaré yo a los muebles.